

Cuando el fuego te despierta

Siete de la mañana, día 2 de este mal iniciado mes de junio, me despierta el teléfono. Un buen amigo turolense residente en Zaragoza, que escucha la radio, me llama y me dice: los montes de tu pueblo se están quemando. El fuego está por Tramacastiel, Villel, Tormón y avanza hacia Rubiales y Bezas.

El corazón se me encoge, me pega un vuelco tremendo. La angustia me atenaza. Cojo un aparato de radio y la noticia se confirma.

Apenas han pasado unos días, cuando fuimos noticia de otro voraz incendio ahí mismo en Bezas, en otro lugar bellísimo y de gran riqueza ecológica, que por fortuna se atajó a tiempo. Me quedo mudo, acongojado.

¡Qué va a pasar, Dios mío, este verano, con tan descomunal sequía, en estos montes nuestros que son pura pólvora!

Era lógico pensarlo. Todos los años nos preguntábamos lo mismo. Cuánta suerte tenemos por aquí, con estos hermosos y dilatados pinares, tan descuidados, que no sabemos cómo pueden aguantar tanta brutalidad moderna, tanto descuido, tanta negligencia, tanta tacañería a la hora de tomar las medidas dado el altísimo riesgo existente.

Nadie cuestiona que durante el verano se ejerza una buena vigilancia desde esa red de puestos de detección existente, es más, nos gusta, nos enorgullecemos de ella, la respetamos. Nadie cuestiona la abnegada labor de esos guardas forestales de la zona, muchos hijos de la misma tierra, que se batan el cobre con los pocos medios de que disponen, según se dice.

Los que conocemos bien la zona, que la hemos vivido y trabajado, nos preguntamos. Por qué se abandona de esa forma las estructuras forestales de los montes, esas estupendas casas forestales, como la de Bezas, dotadas o fácilmente dotables con los más modernos medios de detección, estupendamente comunicadas, así como susceptibles de convertirse en eficaces parques de extinción para la lucha contra los incendios o conatos en su primera fase, que es cuando el éxito está casi seguro. Estos magníficos edificios se están degradando y pueden ser muy rentables convertidos en auténticas escuelas de prácticas forestales y focos de cultura, respeto y civismo ciudadanos.

Por otro lado, y podría escribir mucho sobre este tema, es necesario abrir buenos cortafuegos o calles y mantenerlos preparados, como se hacía antes, con procedimientos menos mecanizados y mucho más humanizados y ecológicos, como ahora se dice. Procurar

mantener por los medios que sea los pocos depósitos de agua existentes, y aquí el ejemplo de la hermosa Laguna de Bezas, que, quién sabe si no sería posible encauzar hacia la misma los barrancos cercanos, como en ocasiones he apuntado en este periódico, que en momentos de catástrofes como la actual, supondría disponer de agua a pie del fuego, lo que la convertiría en un auténtico tesoro.

Habría que mantener cuadrillas fijas de hombres que se ocuparan de limpiar las calles o cortafuegos y los mismos montes, como se hacía antes, cuyo costo quedaría ampliamente compensado con el valor social que representan esos hermosos pinares de la Sierra de Albarracín y su presencia física en los pueblos alejaría esos fantasmas de la soledad.

Pero no. Nada o bien poco de esto se hará. Ahora acudirán las autoridades provinciales y regionales prestas, a lamentarse ante el cuerpo del delito, a intentar consolar un poco a esos “Caballeros de la Sierra” y a cuantos otros caballeros anónimos han luchado para que la catástrofe no fuese aún mayor.

Pero ya verán, ya verán, como se hace muy poco y los montes siguen almacenando dinamita para que cualquier día vuelvan a estallar, y los pueblos continúen desangrándose en su dolorosa agonía, y se queden las casas vacías, y se llenen los cementerios, y los montes se reduzcan cada vez más, se vayan convirtiendo en cenizas, polvo, miseria, inquinidad.

Es una auténtica barbaridad permanecer indiferentes o poco menos ante semejantes catástrofes. No es suficiente decir que Aragón es muy grande y no se puede llegar a todo. No es suficiente acudir a consolar cuando el llanto aflige, hay que evitar el llanto, el llanto de esos pobres pueblos desertizados y casi muertos, el llanto de tantos turolenses de la Sierra y de otras sierras y llanos como estamos fuera y que miramos a nuestros lugares de origen con tanto amor.

Esa zona, como otras de Teruel y de Aragón, son una auténtica riqueza. Todo esfuerzo que se haga por mantener los pueblos vivos será poco. Y aunque las autoridades, los políticos, los economistas, digan que a tantos gastos no se puede llegar, creerme, es mentira. Toda inversión que en esas zonas rurales se haga será rentable, si no económicamente hablando, sí al menos socialmente. Y eso ya es suficiente.

Por último, cuidado ahora con las repoblaciones de las zonas afectadas, que hay muchos aprovechados e inexpertos. Dese más protagonismo a los habitantes de las zonas que se pretendan restaurar, pues ellos son los más sabios en esas cosas de sus montes.